

Las bellas son el adorado tormento de los hombres bien nacidos: la belleza, y su definición, ha sido, en su modo, el tormento, no adorado sino desesperante, de los filósofos. Ya desde Platón.

Después de haber ensayado Platón, entre otros diálogos, en el *Hippias Mayor*, diversas definiciones de Belleza, y rechazándolas todas termina con una frase que se ha hecho célebre: *cosa difícil es lo bello*. Y el término que emplea para decir lo que en castellano hemos vertido por *difícil* puede significar igualmente *pesado*, *importuno*.

Y cuando menos como problema ha resultado, para los filósofos, el de la belleza, difícil, pesado e importuno.

Recordemos aquellas intrincadas razones con que Feliciano de Silva describía la belleza o la hermosura: «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura».

El diccionario de la Academia dice que *hermosura* viene de *fermoso*, y *fermoso* del latín *fermosus*. Y esto sí que es la razón de la sinrazón.

Pero no es menester ir muy lejos en filología para recordar que *fermosus* viene de *forma*, y por tanto que hermosura quiere decir: «bien de forma», o *en forma*, bien configurado, conformado y en conformidad con una norma, no ideal, sino real. Así como en castellano decimos de los gordos que están *bien metidos en carnes*, habría que decir que uno es bello cuando está *bien metido en forma*.

Pero, en fin, que no quiero me suceda lo que a Platón, que después de ensayar, por mi cuenta o cual comentarios de la ajena, unas definiciones de belleza o hermosura, tenga que concluir: *difícil cosa es lo bello*.

No se caza a las bellas con definiciones; y se iba a cazar filosóficamente la esencia de la Belleza con definiciones?

Y eso de «cazar» definiciones es, aunque tal vez no lo parezca, frase aristotélica.

Platón, como *buen* poeta –para dejar las cosas en positivo, y no meterme en superlativos–, entrevió que la Belleza o Hermosura no era cosa a la que se pudiera llegar como a las demás ideas. Para cazar hay que salir de casa; para percibir la belleza hay que salir de sí, extasiarse, como dice el término griego. Y quien se sale de sí ¿con qué podrá volver, si aun a sí mismo se perdió? Pero, además, su aparición, no es la regular y cotidiana del sol, sino parecida a la *del rayo*: golpe de luz deslumbrante, y, al menor descuido, arrasadora y carbonizante. Y esto lo dejó consignado en los diálogos que se llaman, y evito de nuevo adjetivos laudatorios, *El banquete* y *Fedro*.

Y cuando el hombre vuelve en sí de esa aparición, *relámpago o rayo*, que es la Belleza, ¿qué le queda?

Si, perdonándoseme un momento el sacrilegio poético de cambiar, en unos versos de San Juan de la Cruz, la palabra Amado por la palabra Belleza, recordamos la estrofa entera, creo que daremos con la dirección correcta para atacar al problema de la Hermosura:

A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.

Sustitúyase *Amado* por *Belleza*, y se tendrá, perdido naturalmente el verso, y otras cosas que en estos momentos no nos interesa conservar, la descripción más justa y conmovedora de los efectos específicos de la Hermosura.

Nos hiere la Belleza; salimos clamando tras ella; pero *ya es ida*. Y ojalá que esto nos suceda solamente con la Belleza, y no nos pase también con las bellas, que fuera desgracia, por más real, muchísimo peor.

Pero tratándose de la belleza, y más aún de las bellas, no

confundamos salir *clamando* tras ella (o tras ellas), y «salir corriendo tras ella» (o tras ellas). Siempre ha sido mal consejo, y de pésimo resultado, salir corriendo tras las bellas de este mundo, pues son más ligeras y sutiles, y saben muy bien que, persiguiéndolas o siguiéndolas, nos poseen de más segura manera. A los filósofos, gente muy más cándida a infantil de lo que pudiera suponerse en personas «reflexivas» y que de la reflexión hacen su lema, problema y faena, les pasó lo que a los jovenzuelos inexperimentados en negocios de amor: los hirió la Belleza, salieron tras ella, no sólo clamando sino corriendo a apresarla en definición, que es la red mental, y *ya era ida*, sin vuelta.

Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Y en efecto y en resumen: de la belleza no han sabido decir los filósofos, por haberla querido cazar, más que eso: un *no sé qué*. Y los conceptos de orden, simetría, proporción, colorido, armonía, placer en la visión pura, libertad en el juego de la imaginación etc., etc., no pasan de ser sino «llagas» que la Belleza ha dejado en la vista, oído, imaginación... y nos deja muriendo «un no sé qué que quedan balbuciendo». Porque ¿cómo iban a hablar clara, distinta, adecuadamente, con términos de ser, causa, efecto, sustancia, accidente... de lo que nada de eso es?

Y ese «no sé qué», el famoso *je ne sais quoi*, será tema de la estética del siglo pasado, y aun un poco más atrás. Pero para ese viaje no hacen falta tantas alforjas.

Y ¿qué es lo que le ha dolido al entendimiento en esa caza infructuosa de la Belleza? ¿Cuál es la llaga específica que la hermosura deja en el entendimiento? ¿No vale tal llaga más que cualquier definición? Y ¿no habrá cosas hechas para herir, y para que de ellas se cumpla lo que, en apariencia, para otros propósitos, dice San Juan de la Cruz:

Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
Por qué así lo dejaste
Y no tomas el robo que robaste?

La Belleza parece hecha para llagarnos, y no para sanarnos; para arrobarnos, mas no para robarnos. ¿Es qué vale la pena que robe cosa tan pequeña como es el hombre? O si es que somos tan grandes, tan grandes, ¿por qué insistir la Belleza en robar lo que, de tan grande como es, no puede ser robado? Que se contente con arrobarnos y arrebatarnos, con extasiarnos, que es lo que discretamente hace.

Pero, puesto que el filósofo es un ser insistente, importuno, pedigüeño y contabilizador, ¿qué efectos específicos hace en su *entendimiento* la hermosura? Y hecha la pregunta de este modo, la respuesta mejor es la que hallamos en Feliciano de Silva:

... la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra hermosura.

La hermosura hace a la Razón una sinrazón, y la mayor de todas que es no dejarse reducir a conceptos, no permitir que se la encierre en definiciones definitivas, y es claro que tal sinrazón enflaquece a la Razón, la hace desconfiar de sus poderes conceptuales y definitorios, disminuye su prestigio no sólo ante sí mismo sino ante los que creen en ella. No se fracasa impunemente ante una realidad, cuando la Razón pretende pretenciosamente ser el órgano universal y supremo. Por esto la filosofía racionalista no se perdonará jamás no haber podido reducir a conceptos claros, distintos y adecuados la Belleza, muy eruditamente y con definiciones, comienzan por reírse interiormente de las Bellas, y terminan por reírse externamente hasta los feos. Nadie reconocería de qué hablan a no ser por el sustantivo o sujeto general de su discurso.

Con razón la Razón se queja de la hermosura, pues le está haciendo la mayor sinrazón que se le puede hacer: no dejarse racionalizar.

Con términos técnicos y solemnes de Hartmann diríamos que la hermosura constituye un *limite de racionalidad*.

Salgamos *clamando* tras la Belleza, no salgamos *corriendo* tras ella, pues saldremos corridos; y saldrá corrida de vergüenza nuestra Razón, si intenta definirla, clasificarla, conceptuarla.

Dejemos, y saboreemos, esa sinrazón que la hermosura hace a nuestra Razón; que nos enflaquezca a los filósofos el

prestigio racional, pero no enflaquezca en nosotros sus efectos, que no nos cure de su llaga.

Mit einem Kusse sollte man sterben.
De un beso debiera uno morirse,

decía el poeta.

Y cuando alguien os pida, pues, una definición de Hermosura, contestadle, fuera naturalmente del caso de fuerza mayor que son los exámenes, lo de San Juan de la Cruz:

ápartalos, que voy de vuelo.